



ADIOS A JUVENCIO VALLE

Miguel Ángel Díaz A.

¡Ah! como el año pasado, el primer escritor que abrió las puertas a la eternidad, fue el delirado sacerdote y excéntrico folclorista chileno Alberto Araya, partió también hacia la tumba de nunca acabar, sin más equipaje que sus plácidos 98 años, quien mejor cantó a las «tierras y mares» de Nueva Imperial y Boroa en el sureño Cañón de Aconcagua.

Como hijo de campesino, conocía de cerca lo que son los amaneceres en medio de una granizada siempre abita a perfumes nuevos: «la posesión de la tierra se vuelve cenital de plumas para ablandar el paso del peón o pequeño mediano que baja persuroso por las hendionadas para descansar en la pradera abierta al sol que se resaca como oro derretido al quemante o delirado beso de una tarde, y allí, con la azada en alto o bien con una yunta de bueyes, abría de par en par el corazón mismo de la tierra generosa con su viejo arado de madera y fierro lustrado». Así transpiró su vida este joven campesino que, a los 18 años, junto con enviar sus primeras colaboraciones poéticas al diario «EL DIARIO» de Nueva Imperial, ya se hacía llamar Juvencio Valle...

Finalizados sus estudios básicos en Nueva Imperial, pues allí nació el 6 de noviembre de 1931, se trasladó -aunque con el dolor de su alma- hacia el elaborado trabajo de las grandes ciudades como lo fue desde un comienzo, ese mundanal ruido, donde noche y día, se dan de cabeza los grandes problemas del momento. Por alumno del Liceo de Temuco y tuvo el privilegio de compartir un mismo banco con Neruda. Haciendo uso de su libre albedrío, no siguió las aguas de este último, ya que, el bichito del amor, fue el compañero inseparable del autor de «Veinte poemas de amor y una canción desesperada», mientras que Juvencio atravesó a su alma la esencia misma de la naturaleza. Así nacieron los poemas virgílicos más bellos que existen en Chile, que si Neruda era el tribuno de moda, el que hablaba con su oscuridad de estronques

belicista por la defensa del ser humano. Algo los humanaba, sin embargo, porque Juvencio buscaba siempre el rumor del viento entre los cañaverales y cogía con mano limpia el perfume de una flor que en mil fulgores florecía al beso de la aurora.

Nos complace asimismo, recordar ese sentimiento de bulliciosa alegría y de bien ganado prestigio intelectual que experimentó gran parte de la población chilena amante de las bellas letras, cuando en 1966, Juvencio Valle obtuvo por la unanimidad de los miembros del jurado el Premio Nacional de Literatura. Uno de los tantos comentarios que aparecieron en la prensa del país, fue un trabajo nuestro que publicó la revista «ATENEA» de la Universidad de Concepción, N° 417 correspondiente al trimestre julio-septiembre 1967, y que llevaba por título «JUVENCIO VALLE, POETA DEL ALUSTRO CHILENO», donde en parte se consignaba: «Sin eufemismos, con un sentido crítico en estricta consonancia con la naturaleza de su poesía, nada hay en ella que no sea el trasunto fiel a una visión personal, prácticamente ampliada de una realidad vivida intensamente. La poesía suya, es consubstancial consigo misma, una justa ecuación entre el hombre y el medio que capta, entre el poeta y su visión creadora. Por sobre todas las cosas, su verbo es claro, de una transparencia cristalina sin falsos neopos, resistiéndose en el uso de recursos manidos o de mal gusto, logrando efectos notables de honda sensibilidad expresiva».

De su escasez y más que metódica producción artística, consistente en la publicación de diez obras, apareciendo la primera «La ilustre del hombre Para» (1929) hasta llegar a su último libro «El grito en el cielo» (1974), es fácil observar en nuestro poeta una pequeña escisión o quiebre en la cohesión más que emotiva de su canto, preocupándose ahora, sobre todo, en su última obra, a criticar abiertamente el sistema de vida que se debe llevar en el medio urbano, donde se está expuesto a sufrir toda clase de calamidades, tanto o más como debió sobrellevar en su largo encierro de 30 años de claustrófilia en la Biblioteca Nacional.

Para deleite nuestro y como homenaje póstumo al poeta que nació como Gilberto Concha Riffe y partió al infierno llamándose Juvencio Valle, recordemos parte su poema emblemático de la vida campesina, titulado «CAROLINA». Dicho escrito poético aparece en su obra «Tratado del bosque» (1952). He aquí su canto: «Gracias Carolina, mariposa y espiga, /cuídate tú mi casa con tus manos de trigo; /vístela de tus eros valiosas campesinas, /cuídate, /cuídate con tus manos y alumbra la chigalla, /Tienes dieciocho años claros como un pocillo y es tan grande esta casa donde yo vivo solo. /Llévala tú, mi niña

Acanthus

Directores y Editores:
Miguel Ángel Díaz A.

Colaboradores en este número:
Freddy Rivas
Luis Flores B.
José Vargas B.
Miguel Ángel Díaz A.
Eduardo Maza E.

**Diseño, Diagramación y
Corrección de Textos:**
Elizabeth Miranda E.
Angélica Zamudio G.

Distribución:
Miguel Pardo

Impresión:

Adiós a Juvencio Valle [artículo] Miguel Angel Díaz A.

Libros y documentos

AUTORÍA

Díaz, Miguel Angel, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Adiós a Juvencio Valle [artículo] Miguel Angel Díaz A.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile